



Domingo VI de Pascua 2009

Jesús compara el amor que él tiene a sus discípulos con el amor que él recibe del Padre. El amor es el origen y la causa de la relación entre el Padre y el Hijo. El Hijo habla las palabras del Padre, porque Dios Padre le ha comunicado plenamente su Espíritu; es decir, *“el Padre ama al Hijo y le ha confiado todo”* (Jn 3,35). *“El Hijo no puede hacer nada por su cuenta; él hace únicamente lo que ve hacer al Padre: lo que hace el Padre, eso hace también el Hijo. Pues el Padre ama al Hijo y le manifiesta todas sus obras”* (Jn 5, 20). *“El Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo... Esta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre”* (Jn 10,17).

El amor es también el motivo de la relación que ha de existir entre Jesús y sus discípulos: *“Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros”* (Jn 15, 9). Es decir, el Padre es la fuente del amor que Cristo siente por los suyos; y el amor de Cristo a sus discípulos es, en realidad, reflejo e imitación, del amor con que Cristo se siente amado.

La permanencia en esa relación amorosa entre el Padre y el Hijo se consigue con una obediencia como la del Hijo: *“Sólo permaneceréis en mi amor, si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he obedecido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor”*(Jn 15,10). Jesús sabe que tiene que cumplir fielmente la misión que el Padre le ha encomendado, para mostrar al mundo que ama al Padre (Jn 14,31).

Lo mismo que para Jesús, también para el cristiano amar y guardar los mandamientos es una misma cosa. *“Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos (Jn 14,15) “El que acepta mis preceptos y los pone en práctica, ése me ama de verdad...el que me ama, se mantendrá fiel a mis palabras”* (Jn 14, 21.23). En la enseñanza de Juan es claro que es el amor el que hace observar sus preceptos, no es la observancia de sus preceptos la que hace nacer el amor. No hay duda de que Juan enseña que precede el amor. Lo hemos escuchado en la segunda lectura, tomada de la primera carta de San Juan: *“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados”* (1 Jn 4, 10).

El que no ama no tiene motivos para observar los preceptos. Luego al decir: si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, no quiere indicar que guardar los preceptos es la causa que hace surgir el amor, sino que expresa que el amor que se tiene se manifiesta en la observancia de los mandamientos. Se conocerá que permanecéis en mi amor si guardáis mis mandatos. No guardamos antes sus preceptos para que él nos ame, porque, si él no nos ama, no podemos nosotros guardar sus mandatos. De la misma manera, Cristo permanece en el amor del Padre y lo manifiesta cumpliendo con fidelidad su voluntad. Esto es en Cristo meta ya conseguida; para el cristiano es tarea y



meta por conseguir; la actuación del Hijo es estímulo y fuente de la forma de obrar de los creyentes.

La alegría, bien mesiánico, que Jesús, obediente y amado, siente suya, será también patrimonio de los discípulos dóciles. Jesús dice: *“Os he dicho esto – que observo los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor – para que participéis en mi gozo, y vuestro gozo sea completo”* (15,11). Explica San Agustín que alegría de los discípulos es una manifestación del gozo de la salvación recibida de Dios y una participación en la felicidad de Dios por nuestra salvación. La felicidad de Dios no era menor sin nosotros, ni recibe aumento de nosotros. Pero ese gozo suyo de nuestra salvación, que Él tuvo siempre desde que nos previó y predestinó, comenzó a estar en nosotros cuando nos llamó; y con razón llamamos nuestro este gozo, que nos ha de hacer dichosos a nosotros, y este gozo nuestro crece y se va perfeccionando hasta llegar a su perfección con la perseverancia. Se inicia con la fe de los que renacen y se colma con el premio de los que resucitan.

Cuando Cristo ya no está físicamente presente, los discípulos sabrán conservar la alegría si se aman: la obediencia debida al Señor se identifica con el amor mutuo: *“Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros como yo os he amado”* (Jn 15,12; 13,34; 1 Jn 3,11.23; 4,21); el gozo de vivir acompaña la vida fraterna, hasta que vuelva el Señor.

La medida de ese amor fraterno, que Jesús nos manda guardar, no está a la libre determinación del discípulo: el amor del cristiano tiene el amor de Cristo como norma y límite; entregar la propia vida expresa en Jn (15,15.24) la muerte voluntaria de Jesús. La forma del amor de Cristo determina la obligación de su mandato y establece sus diferencias. Este amor que Cristo nos manda vivir es distinto de aquel amor con que se aman los hombres como hombres: mientras tenga vida, el cristiano deberá amar a su hermano y puede, incluso, que tenga que perderla con tal de no dejar de amar (15,12-13. 1 Cor 13,3; Rom 5,6-8). La disponibilidad para hacer la voluntad del Padre puede llevar, pues, hasta dar la propia vida por los amigos; la alegría del que obedece no queda limitada nunca, ni siquiera ante la muerte propia.

El Evangelio de Juan resalta la afirmación de Jesús sobre su relación de amistad con los discípulos. En Juan, la amistad depende no tanto de la obediencia del discípulo, sino de la obediencia del Maestro al Padre, que le lleva a amar a los suyos hasta el extremo (Jn 13,1). Dice Jesús: *“Les he dado a conocer quién eres...para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos, y yo mismo esté en ellos”* (Jn 17, 26). No hay que olvidar que Juan presenta a Jesús como el que ha dado la vida ya por los que ama. Por ello, el criterio de la amistad no es lo que puede sentirse, sino lo que hay que entregar; es decir, la entrega de la propia vida, como Jesús. Mantiene la amistad de Jesús quien permanece siendo un discípulo obediente, es decir, quien, como Jesús, ama hasta dar la vida por los amigos. *“Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos”* (Jn 15, 13). Así le encarga Jesús a Pedro cuidar sus ovejas para mostrarle su amor (Jn 21,15-19).



Como amigos íntimos que son de Jesús, los discípulos conocen los secretos de su Señor. *“Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”* (Jn 15, 15). El siervo recibe órdenes, el amigo, intimidad. El criterio que garantiza la nueva relación que media entre Jesús y los suyos radica ahora en la participación de éstos en sus planes, en el conocimiento de su programa, en las confidencias compartidas (cf. Jn 17, 26) y no en la igualdad natural o en la opción previa por parte de los discípulos. La iniciativa no ha sido de ellos; han sido elegidos y destinados, seleccionados y puestos ante la tarea de dar ante el mundo el fruto permanente: amar al hermano y ser escuchado por el Padre (Jn 15, 16). Y puesto que no han elegido ellos, sino que fueron elegidos; porque no son ya siervos, sino amigos; porque ya no ignoran, sino que saben su destino, se les puede ordenar el amor (Jn 15,17). Ser amado ya impone tener que amar; sólo a quien se le da a experimentar amor puede exigírsele que ame; para el amado, amar no es ya una tarea impuesta, sino una necesidad que hay que satisfacer. Y es posible satisfacer esta necesidad porque Jesús ha prometido a sus elegidos: *“El Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre”* (Jn 15, 16).

El Espíritu, que Dios da a los que le obedecen, nos lleva al conocimiento de la verdad completa sobre Jesús y sobre el Padre y nos enseña a orar como conviene. El Espíritu es quien nos lleva a confesar la fe en Jesús: *“Nadie puede decir: Jesús es Señor, si no es por obra del Espíritu Santo”*. El Espíritu nos hace posible reconocer el amor que Dios nos tiene y creer en él. El conocimiento del amor de Dios y el nuevo nacimiento del Espíritu de Dios, que es amor, es la fuente de donde brota nuestro amor a Dios y a los hermanos. Por eso dice San Juan que quien no ama no ha conocido a Dios ni ha nacido de Dios. Quien no ama, no refleja la imagen de Dios, desvirtúa su propia naturaleza, no alcanza su perfección e impide su propia felicidad y, con mucha frecuencia, también la felicidad de los que se relacionan con él.